



ANTONIA PALLACH JUVÉ



# VIDAS Y MUERTE DE UN LÍDER

MEMORIAS DE UNA HIJA DEL EXILIO

Kercentral  
Magazine

FRON  
i DE LLIBERTAT







**VIDAS Y MUERTE DE  
UN LÍDER**

**MEMORIAS DE UNA HIJA DEL  
EXILIO**



## **Vidas y muerte de un líder. Memorias de una hija del exilio**

© Antonia Pallach Juvé, 2024

Kercentral Magazine - Editorial independiente.

Colección Pensamiento y crítica cultural.

[info@kercentralmagazine.org](mailto:info@kercentralmagazine.org)

Carátula: Vladimir Carrillo Roza

Revisión del texto: Liliana Montejo Blanco

1ª edición (2024)

ISBN- 9798342235792

Todos los derechos reservados

*Russinyol que vas a França...*  
Canción popular catalana



# Índice

Secuencia I. Plano 1	(9)
Secuencia II. Plano 1	(13)
Secuencia II. Plano 2	(27)
Secuencia III. Plano 1	(45)
Secuencia III. Plano 2	(65)
Secuencia IV. Plano I	(85)
Secuencia IV. Plano 2	(117)
Secuencia V. Plano 1	(141)
Secuencia V. Plano 2	(159)
Secuencia VI. Plano 1	(181)
Secuencia VI. Plano 2	(195)
Secuencia VII. Plano 1	(205)
Secuencia VII. Plano 2	(219)
Secuencia VIII. Plan final	(245)
Notas	(267)
Glosario	(272)
Sobre la autora	(274)







## Secuencia I

### Plano 1

*Je vous ai compris!*  
Charles de Gaulle (1)

En el pisito del edificio B, escalera C de la calle Gaston Mangin de Montgeron, en las afueras de París, se encuentran los tres, sentados alrededor de la mesa de la cocina para cenar: Tresa, -como Teresa- la madre; Tona, la hija; y P. ya que así le llaman: P. -como Pallach, como *Pitu*, o como *Pare*-. La conversación va discurriendo a buen ritmo al contrario de los trenes de la SNCF, la RENFE francesa, cuyos vagones siguen estancados desde hace por lo menos un mes.

Una parte de Francia, paralizada por la huelga general, está que arde, mientras la otra, preocupada, aguanta y espera: desde la misma mañana del miércoles veintinueve de mayo de 1968, Charles de Gaulle, presidente de la República francesa, ha desaparecido. El consabido Consejo de ministros del miércoles, cancelado. Según el primer ministro Georges Pompidou, el presidente de Gaulle ha alegado un repentino -e improbable- afán de reflexión en Colombey, su residencia privada en la Lorena. Sin embargo, la visualización del helicóptero presidencial se ha esfumado de las pantallas de seguimiento, tanto de las del palacio del Eliseo como de las del de Matignon. Mutis en la cumbre del Estado. Por todo el país se van propalando especulaciones.

La víspera, veintiocho de mayo, las izquierdas no comunistas han tomado la iniciativa, convocando un mitin multitudinario en el estadio Charléty. Entre las más de treinta mil personas que concurrieron se escucharon los llamamientos de los líderes de

dichas izquierdas, desde socialistas a revolucionarias.

Al día siguiente, aquel mismo miércoles veintinueve, encabezada por un PCF (2) que ha suspendido su apoyo objetivo a la política del presidente de Gaulle, se está desarrollando una manifestación que pretende dejar en evidencia la capacidad movilizadora del Partido Comunista. Organizada por el sindicato afín CGT, ha salido de la plaza de la Bastille para llegar a la estación Saint Lazare, enarbolando un lema: “¡Gobierno Popular!”.

Lo cual, en el segundo piso del edificio B escalera C de Gaston Mangin, no deja de evocar múltiples recuerdos....

Tona tiene 18 años. Lleva apurado el segundo mes de huelgas universitarias marcadas por manifestaciones y barricadas, que han acarreado unos enfrentamientos violentísimos con las fuerzas especiales de la policía, los CRS. Algo de miedo sí que le han producido. Por eso ya no pone tanto empeño en seguir acudiendo a tales manifestaciones. Tanto menos cuanto tiene una excusa presentable: todos los transportes están paralizados. Por lo cual no resulta nada fácil trasladarse de Montgeron a París, unos 12 kilómetros. Aunque no por eso deja de justificar, frente a sus padres, las declaraciones de sus líderes revolucionarios, con sus lemas evocadores: “corre, compañero, a paseo el viejo mundo”, u otro: “bajo el adoquín, la playa”, si bien éste le suena algo turístico. Empero justifican su compromiso con dicha protesta, al que ella y muchos compañeros se empeñan en llamar “Revolución”. Denominación con la que intenta provocar a sus progenitores.

A ellos no les disgusta argumentar en pro o en contra, según los días. Su padre, sobre todo, a quien le divierte recordarle, entre indulgente y burlón, hasta qué punto las elevaciones líricas, que esta juventud cree estar inventando hoy, pueden resultar gastadas por haber servido mucho. Hasta el lema enarbolado en la comitiva CGT-comunista, aquella misma tarde: “Gobierno Popular”. Este ya no les hace gracia, ni a él ni a Tresa; les re-

cuerda demasiado un mundo al que también ellos se habían adherido a su vez, llevados por el entusiasmo propio de los 18 años. Y, si bien se niegan a dejarse ganar por una zozobra cualquiera, cuanto menos ante su hija, van a aprovechar esta velada para recordarle, una y otra vez, de dónde vienen. Ambos en su misma edad, muy lejos de imaginarse que algún día iban a conocerse, se sumergieron cada cual por su lado en la esperanza que todo un pueblo había hecho suya. Aquello era en otro país, en otros tiempos, en otras lenguas.

También entonces se aclamaba a un Gobierno Popular, aquél que la República española había concretizado. Esperanza truncada tras tres años de guerra civil, seguidos por cinco años de guerra mundial; más otros muchos años que dimanaron de aquello, por haberse entregado y vuelto a entregar en dicha lucha. Hasta ir a parar a aquel pisito de vivienda social de los suburbios de París. Su generación estaba viendo cómo la de su hija se esforzaba en representar a su vez el prólogo de una función que pretendía parecerse a la suya, cuyo epílogo era estudiado ya por los historiadores contemporáneos. Y en cuyos actos ellos mismos habían actuado como protagonistas.



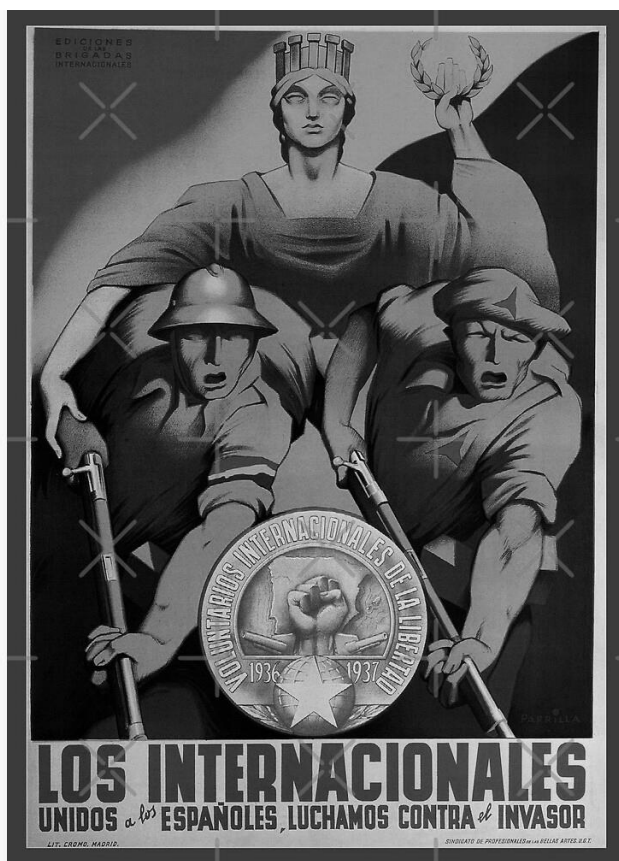


## Secuencia II

### Plano 1

*Venceréis, pero no convenceréis...*

M. de Unamuno



La división 27 del ejército de la República española sumaba una decena de batallones. Tan pronto como se ha dado a conocer el alzamiento militar de los días 17 y 18 de julio del año 36,

encabezado por los generales Sanjurjo, Mola, Queipo de Llano y Franco, cuyo objetivo es derrocar al gobierno republicano en respuesta al atentado contra el líder monárquico Calvo Sotelo, las fuerzas republicanas intentan organizarse.

Hay que formar a toda prisa un ejército civil capaz de oponerse al ejército profesional: éste se prepara a cerrar filas a las órdenes de sus jefes. El pueblo no ha tardado en entenderlo. Se sabía que se estaba fomentando el golpe militar: muchos se lo estaban temiendo. Así que el golpe distaba mucho de coger desprevenida a una España sacudida estos últimos años por la violencia, ya sea revolucionaria o conservadora.

El nuevo gobierno formado por el presidente Manuel Azaña, de Izquierda Republicana, había intentado tomar alguna medida apaciguadora: el catorce de julio mandó cerrar los locales donde se reunían los extremistas anarcosindicalistas igual que los de derechas. Inútil, ya era tarde. La apisonadora fascista venía acercándose desde varios puntos de Europa, algunos bastante alejados de la propia España. Desde hacía varios meses, más aún desde las elecciones del pasado mes de febrero que revalidaron a un gobierno fruto de la coalición de izquierdas del Frente Popular, los taconazos de las botas partían de Italia para ir extendiéndose hacia la parte más oriental de Europa, y se volvían tanto más apremiantes cuanto que su eco se iba repercutiendo por toda la Península.

Desde antes del mes de julio la República intentaba organizar sus fuerzas, disponiéndolas para cualquier eventualidad, con el fin de tener controlado a un ejército proclive a veleidades golpistas. ¡No despertaban poco placer en él los términos ‘pronunciamiento’ o ‘golpe’! igual que el neologismo ‘golpismo’, todos le sonaban más que bien.

Sin embargo, aquello que, según los propios autores del alzamiento contra las instituciones de la República, no debía prolongarse más de unas semanas, sumiría a todo un pueblo más

allá de lo soportable a lo largo de 986 días, en una contienda en la que se denuncia, se mata y se despedaza dentro de las propias familias: una contienda calificada con el término de ‘Guerra Civil’.

Un ejército de milicias formadas por la población civil, a las órdenes de unos cuantos militares fieles a su palabra, se puso en marcha para salvar la República, respaldado por unas Brigadas Internacionales, compuestas por civiles voluntarios procedentes del mundo entero. Les tocó enfrentarse con lo más moderno de cuanto contaba entonces la Europa militar: la aviación.

La división 27, al mando del comandante José del Barrio, se encontraba acantonada en la retaguardia para facilitar, mediante unas trincheras cavadas a toda prisa a orillas del río Segre, la retirada de los soldados vencidos tras la batalla del Ebro. Allí donde estaba el Primer Batallón de Choque. Al eternizarse una guerra que semejaba hundirse en el lodo, aquel batallón de choque, apodado la ‘Bruixa’, contaría con el refuerzo de una compañía, la quinta apodada ‘del Biberón’ por carecer sus jovencísimos reclutas de la más mínima experiencia del fuego. Uno podía preguntarse qué pintaban allí aquellos adolescentes, destinados a cavar trincheras en un suelo de lodo gélido.

De hecho, la *Bruixa* resultaba ser un batallón disciplinario, destinado a los republicanos poco o nada proclives a compartir la doxa comunista. Se habían juntado a trotskistas y demás revolucionarios libertarios, con el fin de enseñarles la disciplina del Partido – comunista, por descontado - mayoritario entre los mandos del ejército republicano. Allí los del “biberón” se codearían con otros militantes, mayores ellos, en desavenencia con el PCE o su filial catalana, el PSUC.

Al joven P. le toca verse destinado en este batallón a la hora del tan anhelado alistamiento, tanto por su juventud como por ser activísimo militante del POUM. A guisa de bautismo de fuego, lo será el del lodo y el del frío, tras un otoño largo y suave,



al dejar paso los días húmedos a unas noches gélidas a principios de aquel noviembre del 38.

Nada más llegar, le han entregado un mango de madera con una pieza metálica ancha y abollada en su extremo: una pala.

—Lo vas a necesitar más que un fusil - le dice un veterano del grupo, a modo de consuelo.

Es que armas son lo que más falta hace en el batallón la *Bruixa*.

—¡Pues suerte que no es una escoba! Han debido de apodarlo la *Bruixa* por la cantidad de mangos que van corriendo por ahí, — piensa P., que suele ser proclive a ver lo positivo de las situaciones.

Es verdad que a fines de aquel año de 1938 no circulaban muchos fusiles por aquella provincia de Lleida: el ejército republicano, tras una encarnizada batalla del Ebro, había tenido que retroceder hasta las posiciones iniciales, las mismas que ocupaban al principio de la contienda. Dificultades insuperables, a la par que tenacidad irrisoria para los combatientes de *l'Espoir*, faltos de armas y municiones para confrontarse al apoyo logístico prestado por Hitler y Mussolini al ejército golpista.

Varios años más tarde, P. le encomendaría a su hija Tona que leyera los escritos de Georges Orwell al respecto. En su *Homenaje a Cataluña*, el autor británico, alistado ya desde 1937 en las filas de las Brigadas Internacionales de la división 29, resalta tanto la vetustez como la falta de armas, que serán el drama del ejército republicano a lo largo del conflicto. Y a pesar de que los altos mandos pusieran en su sitio, sin miramientos, al escritor periodista británico, él lo hizo notar en su momento.

Al contárselo a su hija, los años habrán pasado para P....

—En nuestro batallón la *Bruixa* aquellos viejísimos y escasos fusiles herrumbrados, tipo Mauser 1896, eran los que habían sobrado de la última guerra conducida por España: la de Cuba en el 98, aquella que acabó con su imperio colonial. Los mismí-

simos que dejaron pasmado a Orwell al llegar en 1937. En tiempos de paz ¡incluso hubieran podido ser valorados como antigüedades! —bromea.

—Precisamente, por ser vetustos y obsoletos podía haber habido cantidad de ellos...

—¡Pues resulta que no! Perdido el imperio, tal vez España no considerase necesario cargar con las existencias... —ironiza su padre—. Ten en cuenta que, para todo el batallón, no habría más de una decena.

—Pero, al menos, ¿te habían enseñado a usarlo?

—Más o menos, - le ha respondido él con franqueza—. Aunque no creo que hubiera conseguido matar a nadie con uno de ellos, ¡de suponer que me hubiera tocado uno en el momento oportuno!

Y tras un silencio:

—Trinchera tras trinchera íbamos emprendiendo una retirada. Fue a principios del 39 cuando nos alcanzaron otros más: los que formaban parte de la antigua división 29 y su batallón de choque *Rovira*. O mejor dicho lo que sobraba tras recibir la orden de disolución, a un tiempo que la del POUM.

—¿Cómo es que aquel batallón ostentaba el apellido del jefe? ¿Solía practicarse tal cosa?

—A Josep Rovira, uno de los dirigentes históricos del POUM, sus hombres le admiraban igual que le querían. Pese a su reconocida modestia, fueron ellos quienes le pusieron el apellido al batallón bajo su mando.

—Y luego, ¿qué pasó con Orwell?

—Herido de gravedad en el cuello, habían tenido que pasarlo clandestinamente a Barcelona antes de la última batalla. Por aquel entonces ya había conseguido incorporarse en Londres, para hacerse corresponsal de guerra. Aunque lo mejor es que te leas su libro *Homenaje a Cataluña*, y te enterarás de cantidad de cosas.

—Pero como miembro activo del POUM, ¿no podías tú haberte hallado en el batallón de Rovira? —insiste Tona, a quien le gustaría que su padre hubiera conocido personalmente a Orwell.

Al tiempo, la chica ha entendido que algo serio se estaba jugando dentro de la guerra interna a la que se dedicaba el campo republicano.

—Resultaba bastante complicado —le explica su padre—. Al formarse los regimientos, yo era demasiado joven. Y, además, Josep Rovira era ya un reconocido dirigente barcelonés del POUM, cuando yo tan solo era un joven militante de una pequeña ciudad de la provincia de Girona.

Añadiendo su broma preferida:

—¡Aun a sabiendas de que Figueres es como una pequeña Barcelona!

—Pero tú, sin embargo, ¡eras de la joven guarda de Andreu Nin, el fundador del POUM, según me ha contado *avi* Miquel! - se empeña su hija.

—¡Mi padre es algo exagerado! Pero es verdad que cuando Andreu Nin se desplazaba a las provincias, siempre íbamos dos o tres a su lado; ¡cómo haciéndole de guardaespaldas!

Luego, recuperando un tono más serio, añade:

—La historia del POUM es compleja. Al terminar la guerra, lo disolvieron sus dirigentes, en fin, los que quedaban, pero se tardó mucho en sacarlo todo a la luz. Lo cierto es que la popularidad del partido, llevado por un ideal revolucionario y humanista, perjudicaba al PSUC, la rama catalana del PCE.

—¿Era también un partido entregado a las órdenes de la Unión Soviética? - se interesa Tona, que acaba de soportar, durante las manifestaciones parisinas, alguna algarada con camaradas afiliados al PCF.

—Totalmente. Fue por lo que la Unión Soviética no tardó en poner orden - el suyo - mediante los procedimientos habituales: una policía política recién creada, llamada checa o NKVD, que luego se transformó en GPU, antepasada del famoso KGB, cuyo nombre no te sonará

extraño...

—¿Por eso fue por lo que desapareció repentinamente Andreu Nin?

—Seguramente —continúa P. Ese acontecimiento resulta tan turbio como complejo: ocurre siempre que la URSS se mete en asuntos de un país tercero. Con el pretexto de alistarse en las Brigadas Internacionales, Alexander Orlov, fundador de las checas, ingresó voluntario en el ejército republicano catalán. De hecho, acudía con el encargo de purgar el POUM cuyo éxito, que iba creciendo desde su creación, le sabía pésimo a Stalin.

—¿Y tú sabes lo que fue de Andreu Nin?

—Sí. No tardamos mucho en enterarnos. Detuvieron a Nin el dieciocho de junio del 37. Mejor dicho, lo secuestraron, porque de repente desapareció.

—¿Y eso por qué?

—El POUM se declaraba contrario a todos los totalitarismos, cualesquiera que fueran, igual que en contra de las grandes riquezas acumuladas. Responsables y militantes habían montado una serie de actividades culturales, abiertas a todos, a las que la gente acudía en masa: conferencias, clases, funciones de teatro, centros excursionistas, peñas sardanistas, cooperativas... Ya sabes lo dados que somos, los catalanes, a ese tipo de actividades. Lo cual pudiera explicar tanta afición.

—¡Pero si hoy en día resulta ser nuestro ideario revolucionario! - se entusiasma su hija. - ¿Iban también los sindicatos?

—Por lo menos eran bienvenidos, aun cuando algunos mostraban reticencia. Pero la pluralidad era lo que disgustaba al PCE y a su filial PSUC. Dieron entonces vía libre a su arma favorita: la descalificación. Difundieron la idea de que el POUM era la *quinta columna* fascista, cerrando filas detrás de Orlov y sus hombres, que habían instaurado aquello que llaman checas: unas cárceles privadas que nada tenían que ver con las del gobierno de la República.

—¿Y Nin?

—Allí secuestraron a Andreu Nin con algunos más. Eso fue el dieciocho de junio de 1937. Luego no se supo nada más de él. De hecho, mucho después nos enteramos de que le habían encerrado en Alcalá

de Henares; allí le torturó la policía paralela de la *checas*. Por haberse negado a firmar cualquier tipo de “confesión”, se le eliminó sin más. Lo corriente entre los bolcheviques; igual ocurrió entre los nuestros, tras su infiltración en las filas del ejército republicano.

—¿Cómo consiguieron hacer eso en tan poco tiempo? - quiere acabar de enterarse Tona.

—Tienes que saber que Antonov Ovsenko había sido compañero de Nin durante su estancia en Rusia en los años veinte, cuando éste era aún de los allegados de Lenin y Trotski antes de que le expulsaran. Pues ese mismo Ovsenko, se infiltró como empleado del consulado de la Unión Soviética en Barcelona ¡sólo para tener vigilado a Nin!

—¿Y por qué motivos expulsaron a Nin de Rusia?

—Demasiado crítico hacia el ‘centralismo democrático’ del Partido, empezó por oponerse a Lenin, y hasta acabó cuestionando el trotskismo. No por eso dejó de trabar amistades allí, de las que se fiaba ya que las creía seguras...

—¿Pero vosotros no sabíais nada de esa infiltración?

—En aquellos momentos estaban pasando muchas cosas, y sólo se podían tener fuertes sospechas. Tanto más cuanto que empezaron a difundir por vía de comunicado una versión oficial: Nin habría pactado con agentes de Hitler su propio ‘raptó’ con tal de ‘salvarse’: lo cual le hacía pasar por traidor. De hecho, fueron unos brigadistas alemanes quienes le habían secuestrado; y, resulta que, tras el secuestro, ellos se esfumaron a su vez de las Brigadas Internacionales.

—¿Resguardados o bien eliminados?

—¡Tal vez ambas cosas! En todo caso mandados callar. Era lo corriente entre los bolcheviques. El POUM, al denunciar aquellas prácticas por haberlas experimentado, se había vuelto «partido traidor»: había que acabar con él. Nada, que, tras esas desapariciones, a mi padre le entró miedo y me alejó por un tiempo, enviándome a Roses para dar clase a los pequeños, en una escuela acabada de inaugurar por la CNT. Tenía yo entonces dieciséis años.

—¡Pues a mí me contaron que te habías escapado de casa para acudir a la oficina de alistamiento, con la idea de incorporarte a las filas republicanas!

## *Vidas y muerte de un líder*

—Eso en parte es verdad, pero ¡asomo de gloria, ninguno! De hecho, el encargado de los alistamientos conocía a tu abuelo; le mandó avisar con un mensaje: “Creo que aquí tenemos a tu hijo mayor con intenciones; pero no tiene edad. ¿Qué hago con él?” Ya estás enterada de lo que ocurrió: al cabo de una hora aparecía mi padre, que me llevó a Roses con el primer carro que partía hacia allá a repartir pollos, mientras me iba reconviniendo todo el trayecto: “Chico, ya que quieres ser útil y que has terminado de cursar los estudios de secundaria, al menos que te sirva de algo: vas a dar clase a las criaturas”.

—¡Y así fue como se te dio la vocación! – bromea su hija. – Por cierto, que siempre me lo has venido repitiendo: “Hacer política es hacer pedagogía”.

—Exacto, aunque la frase no es mía...Allí, en Roses, estuve durante dieciocho meses, y me gustó de verdad. Me sentí útil, algo esencial en aquellos días. Hasta aquel mes de abril del 38, cuando el presidente Azaña decidía al fin la orden de alistamiento general para todos los varones, desde los dieciocho hasta los cincuenta años.

—Vamos a ver: ¡jovencitos y mayorcitos para aquel entonces! – se mofa Tona.

—Tienes razón. Una parte del ejército republicano empezaba a dar muestras de agotamiento justo cuando venía perfilándose la batalla del Ebro...

—Pero bueno, ¡enviar al frente a los adolescentes, carentes de experiencia!

—¡Me daba igual! ¡Al fin me tocaba poner en práctica aquello que venía anhelando! Me alejé de Roses y de los chiquillos sin sentirlo en absoluto. Por ser del POUM, me dieron un paseíto rápido por la cárcel... Allí me informaron que me tocaba el batallón disciplinario. Luego, partí hacia las trincheras del río Segre. Hacía un verano especialmente caluroso, al que siguió un otoño demasiado lluvioso. Después vinieron el frío y el lodo...

...

Por todo cuanto resulta, en aquellos días de principios de 1939, que

la pedagogía no le tiene ya nada ocupado...

De lo que se trata, a marchas forzadas, es de replegarse hacia las montañas: aquellos Pirineos que ahora se le hacen insuperables, cuando jamás se le aparecieron lejanos. Bombardeados por los ciento veinte aviones entregados por Mussolini, respaldados por los trescientos aviones de la Legión Cóndor, respaldando a su vez el avance imparable de sus "pánzer" alemanes, los tanques rusos que aún siguen en pie desde el 36 están en pésimo estado: exangües frente a un armamento renovado, enviado por las fuerzas del Eje, encantadas de poder experimentarlo en vivo.

En cuanto a las fuerzas de la República, acaban asumiendo la derrota y entienden que esa guerra, la han perdido.

Las tropas rebeldes han entrado en Barcelona en los últimos días de enero del 39, tras posicionarse al sur en el aeropuerto del Prat, y luego al oeste en los montes Tibidabo y Montjuic que, abrazándola, dominan la ciudad. De modo que la capital catalana se encuentra bajo control total del ejército rebelde, a las órdenes del general Dávila. Este, obligado el diecinueve de julio del 36 a replegarse, tras su primer alzamiento al resultar vencido por el pueblo, vive ahora su revancha con su ejército. Dentro de muy poco, por las avenidas, desfilarán las tropas de la victoria del Generalísimo. Y la ciudad, un tiempo libertaria, luego dominada por el 'sentido de la organización' comunista, doblará la espina tras ese fatídico veintiséis de enero bajo el yugo y las flechas fascistas, cuya victoria total se halla a tiro de fusil.

Y es que cada cual va prediciendo la caída de Madrid, exangüe, resistiendo con sus últimas fuerzas: cuestión de días... ¡Pues no! La 'Villa y Corte' resistirá aun, por varias semanas. La capital, desde principios de la contienda fratricida, ha venido demostrando obstinadamente y en múltiples ocasiones que sigue defendiendo barrio por barrio, manzana por manzana, y hasta metro por metro, lo que ya resultaba una ilusión perdida: el ideario republicano.

Pero ¿entienden esos regimientos del *Front del Segre*, soldados vencidos de la República, algunos jovencitos y otros ya mayores, que se repliegan junto a su ejército deshecho que, si bien sabe amarga, en su retirada no cabe deshonra? Aquel ejército falto de todo ha dado cuanto podía, en mujeres y hombres, para salvarlo.

Ahora de lo que se trata, es de protegerse y ponerse a salvo, con el fin de reponer fuerzas. Y al tiempo, preguntarse: ¿Adónde irán a replegarse esas hordas mal armadas, medio harapientas, comidas por la miseria y la subalimentación? El valor que han demostrado ha despertado la admiración de los observadores extranjeros, algunos implicados en aquellas Brigadas Internacionales disueltas por orden del Comité de no Intervención, tras el fracaso de la batalla del Ebro el pasado otoño.

A consecuencia, las fuerzas republicanas han resultado desorganizadas y a la par debilitadas; y es que a los brigadistas les movía tanto la motivación como su aptitud física a resistir a cualquier precio. Impuesta, su salida del conflicto es sentida como un desahucio de la causa republicana, uno más, por parte de países que se preciaban de ser neutrales. No será el último.

El camino de salida para muchos combatientes vencidos: cruzar los puertos pirenaicos con tal de llegar al otro lado, a Francia. Una Francia obstinadamente neutral al rechazar toda participación en una contienda que, al cabo de tres años, ha dejado en vilo y prácticamente destruido al país vecino. Es por lo que, tanto jóvenes reclutas como veteranos del ejército republicano, se hacen la misma pregunta a un tiempo y en diversos puntos, a lo largo de la cordillera pirenaica: ¿cómo recibirá Francia a las multitudes que se batan en retirada hacia sus límites? La respuesta cabe en tres palabras: en los campos.

Pero, ¿dónde están, los campos? Organizados a toda prisa rodeando con alambradas de púas terrenos desocupados, custodiados por unos gendarmes enviados con el fin de vigilar a toda esa muchedumbre a lo largo de la frontera pirenaica, se están preparando para recibir si bien no *toda la miseria del mundo*, por lo menos buena parte de ella: más de medio millón de hombres, mujeres y niños movidos por la energía de un desamparo que es instinto de vida, intentan huir tanto de los bombardeos como de una represión que ya se abalanza sobre los que quedan.

Al llegar a alturas de San-Llorenç de la Muga, P. decide torcer y dejar por un tiempo a su regimiento; mejor dicho, lo que queda de él. Orillando la Muga, el riachuelo en el que aprendió a nadar de niño, baja hasta Figueres. Aquella noche del siete de febrero de 1939 mien-



tras una joven, a quien no conoce, cumple los dieciocho años en el vagón de un tren atestado de gente con destino al exilio, un joven P. marcado por meses de una lucha contra un enemigo cada vez más encarnizado ante una victoria segura, llama a la puerta de su casa resulta otro: resulta otro hombre.

Tanto a Miquel como a Quimeta, que han salido a toda prisa a recibirlo, les cuesta reconocer en aquel semblante, surcado por el cansancio y la experiencia de la guerra, a su adolescente apasionado: aquél que había acudido a la movilización general del 38 desbordante de energía, pensando que tal vez conseguiría cambiar el curso de la contienda.

—Padre, va usted a tener que salir del país siguiendo el ejemplo de la mayoría de los responsables políticos, sindicalistas, militares: la represión contra la oposición va a ser encarnizada.

—No, hijo, no te preocupes. Hace tiempo ya que no vengo ejerciendo ningún cargo, y el mío fue muy corto, dado que dimití por desacuerdos internos antes del principio de la contienda. Y, además, sólo ejercí de simple concejal. No voy a dejar solos a tu madre y a tu hermano *Miliu*. Y ¿qué sería de nuestros ancianos?

—Pero padre, corre usted el riesgo de ser enviado a la cárcel, ¡tal vez peor! ¿De qué vivirán, entonces, ellos?

—Aquí, en Figueres, nos conoce todo el mundo. Y si bien hoy tenemos recién enemistados a algunos conocidos, otros nos quedan. Aun si me encarcelasen, no iría a durar mucho. Siempre encontraremos ayuda para poder sobreponernos. Vete tú. Yo ya soy mayor para acompañarte y “hacer camino al andar”, según el poeta que tanto te gusta...

—Hijo, cuídate mucho.

Es éste el único comentario que se autoriza su madre por no querer quitarle un ápice de valor al hijo. Y si bien Quimeta es una mujer curtida por los azares de la vida, al abrazarle se le escurre una lágrima por la mejilla. Tras otro abrazo a su hermano Emili, *Miliu*, P. ya está fuera, otra vez.

—Montaña arriba, va a ir subiendo y siguiendo una carretera repleta de familias convencidas, con razón, de que huyen de una represión

que va a desatarse no bien cesen los bombardeos. Es la carretera que lleva a Agullana; allí se encuentra con compañeros soldados. Por ahí mismo andan todos, replegándose, camino del exilio.

El martes nueve de febrero, día 39 del año 39, junto a lo que queda de su batallón la *Bruixa*, junto a miles de compañeros de lucha de otras divisiones, junto a miles de familias ansiosas —algunas con sus cabras u ovejas— el joven P. al fin pone el pie en la línea que marca la frontera con Francia.

Al principio ha pensado cruzarla por la Vajol con su mismo batallón de soldados republicanos, siguiendo el camino emprendido, dos o tres días antes, por los dirigentes políticos, aquellos que anhelan seguir luchando desde el exilio: el presidente de la República Manuel Azaña, el presidente de las Cortes Martínez Barrio; también, y para P. sobre todo, el presidente de la Generalitat Lluís Companys, junto con el lehendakari vasco José Antonio Aguirre.

Sin embargo, los obstáculos creados por tan larga comitiva se le aparecen a P. infinitos para llegar rápido al puerto de Lli, en las Alberes. Así que, decidiendo torcer ligeramente al oeste, se reúne con otros soldados del ejército en retirada hacia otro puerto de esos Pirineos que se perfilan, desdibujándosele en su imaginación semejantes a la muralla china de sus lecturas infantiles. Consigue alcanzar Costoja de prisa, cuyo puerto franquea con el alma hecha polvo. Mañana cumplirá diecinueve años.

Desde hace ya más de un mes y con la finalidad de contener a un ejército derrotado, así como a una población deshecha, agotada y hambrienta, que se exilia sin la menor idea de su porvenir, los gendarmes vigilan los puntos de llegada de toda la vía pirenaica de paso de frontera. Allí están, listos para anteponerse a cualquier muestra de veleidad o pretensión de quedarse con un fusil, un trasto viejo motorizado o incluso con un animal, aunque sea de cría: con todo a cuanto sigue apegado un pueblo vencido, a veces considerado peligroso o simplemente molesto para el país que lo recibe.

Niños, ancianos, mujeres y hombres agotados, algunos de ellos amontonados en antiguos camiones para reses, puestos a disposición por los gendarmes y otros menos afortunados andando, van tomando la dirección de Saint - Laurent-de Cerdans, Arles-sur-Tech, o Amélie-

Palada. Allí es donde les esperan, igual que a lo largo de toda la frontera con aquella España en ruinas, los campos “de recolectar” creados para ellos.

Algunos campos desaparecerán. Pronto habrá que calificar los que no por su nombre verdadero, frente a la necesidad de hacerlos duraderos, pues los de “recolectar” resultan insuficientes frente a la oleada de refugiados que confluyen de todos los puertos pirenaicos. Por eso y sin demora, más abajo en la llanura y hasta en la misma arena mediterránea, van a parar los refugiados y van a construirse ellos mismos lo que habrá que decidirse a nombrar “campos de concentración”: eso es lo que son.

Arena gélida para empezar a guisa de primera cama, cavada con ayuda de la tramontana de invierno. Alrededor, alambrado de púas, *¡no vayamos a encontrarnos con esa chusma expandiéndose fuera de lo razonable!* Al otro lado de la alambrada, gendarmes: por si a alguien, de no haber sido invitado a ello, se le ocurriera franquearla.

Las tablas llegarán más tarde. Al cabo de varios días. Mejor dicho, de varias semanas. Concedidas por una Francia aún republicana, que ha asimilado que esas hordas, republicanas también, van a seguir allí por mucho tiempo, según parece.

Francia, a quien en ese momento otro gallo le está cantando: los acuerdos de Múnich han quedado hechos trizas con una Checoslovaquia a punto de desaparecer del mapa de Europa. Taconazos de botas van retumbando por el frente del Este...

Y cuando lleguen las tablas, los refugiados se pondrán a edificar a toda prisa las barracas de los campos si es que no quieren verse borrados del mapa a su vez.



## **La autora** **Antonia Pallach Juvé**



Nació en París en 1949, de padres republicanos exiliados tras la Guerra Civil.

Su vida ha transcurrido principalmente en Francia, donde dedicó la actividad profesional a la enseñanza, secundaria y universitaria.

Catedrática de lengua española y doctora en Letras, se especializó en las Instituciones de la España Contemporánea para la Universidad de Ciencias Sociales de Toulouse. A ese efecto se publicó, en catalán, el resumen de la tesis doctoral: *La Identitat Catalana, assaig de definició* (Ed. Proa, 2000). Ha publicado asimismo *Història d'un home dret* (Ed. Columna, 1995) con

prólogo de Pascual Maragall, y *Josep Pallach, 43 anys de Passió* (Orion 93 Edit., 1989). Y en francés, una vida novelada del joven Molière en Occitania: *Le Maître et le Génie, de Godolin à Molière* (Ed. La Plume d'Alain, 2021).

Ha recibido la condecoración de Chevalier de l'Ordre du Mérite y la de Alfonso X el Sabio, del gobierno francés y español respectivamente. Actualmente reside en Toulouse.

Kercentral Magazine - Editorial independiente incluye este libro en su colección Pensamiento y crítica cultural. Estamos ante una obra de gran valor en el siempre delicado e importante cometido de conservar la memoria histórica y la vida de quienes lucharon en primera línea por los derechos, la libertad y el reconocimiento de la diversidad, aquellos y aquellos que vivieron guiados siempre por férreos y dulces principios.

Un reconocimiento a la autora, por su enorme sensibilidad y gran capacidad narrativa, estamos en deuda con la pluma de  
Antonia Pallach Juvé.





Kercentral  
Magazine